

La Gran Vía

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

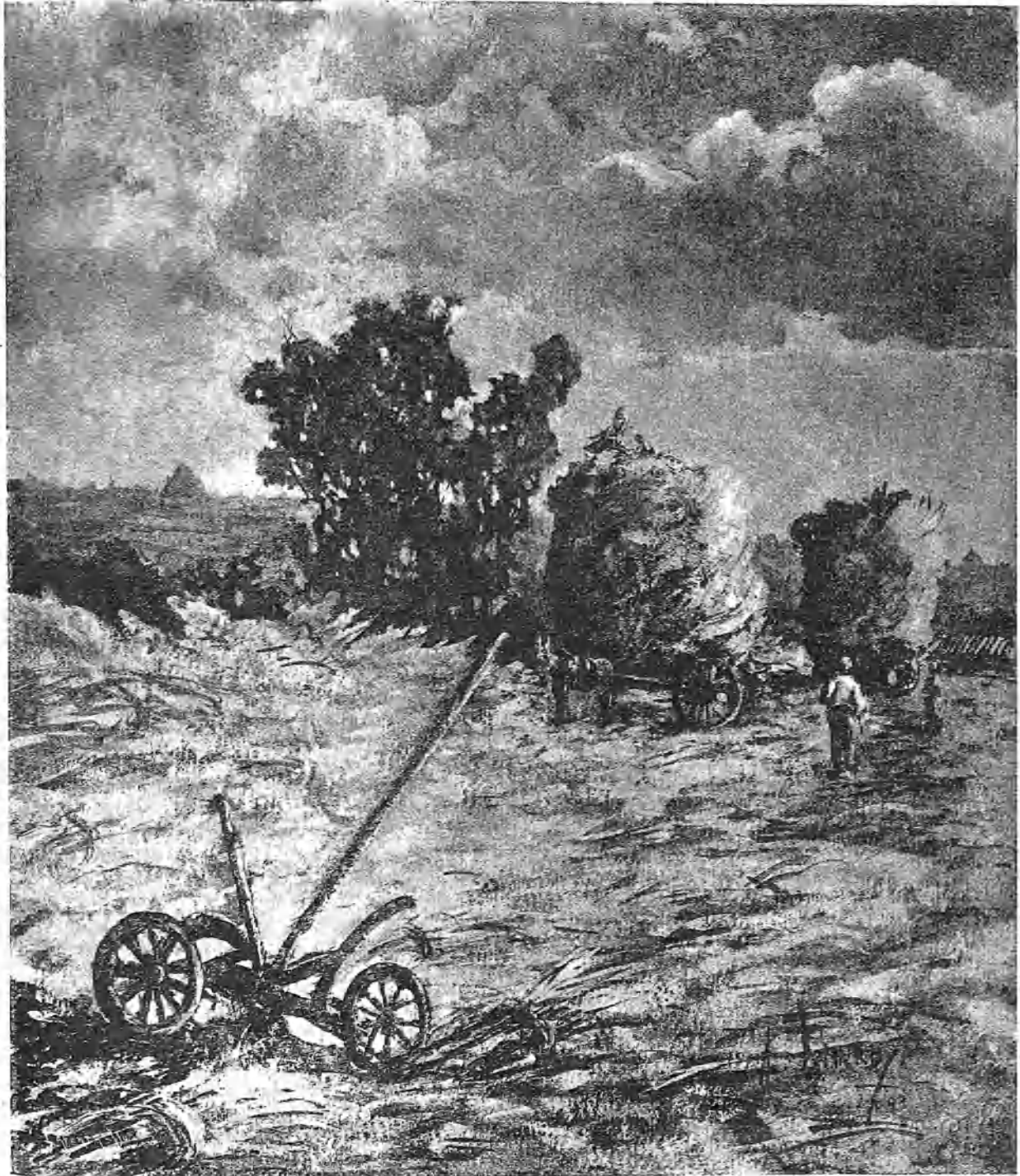
Domingo 16 de Julio de 1893

NÚMERO 3.

DIRECTOR:

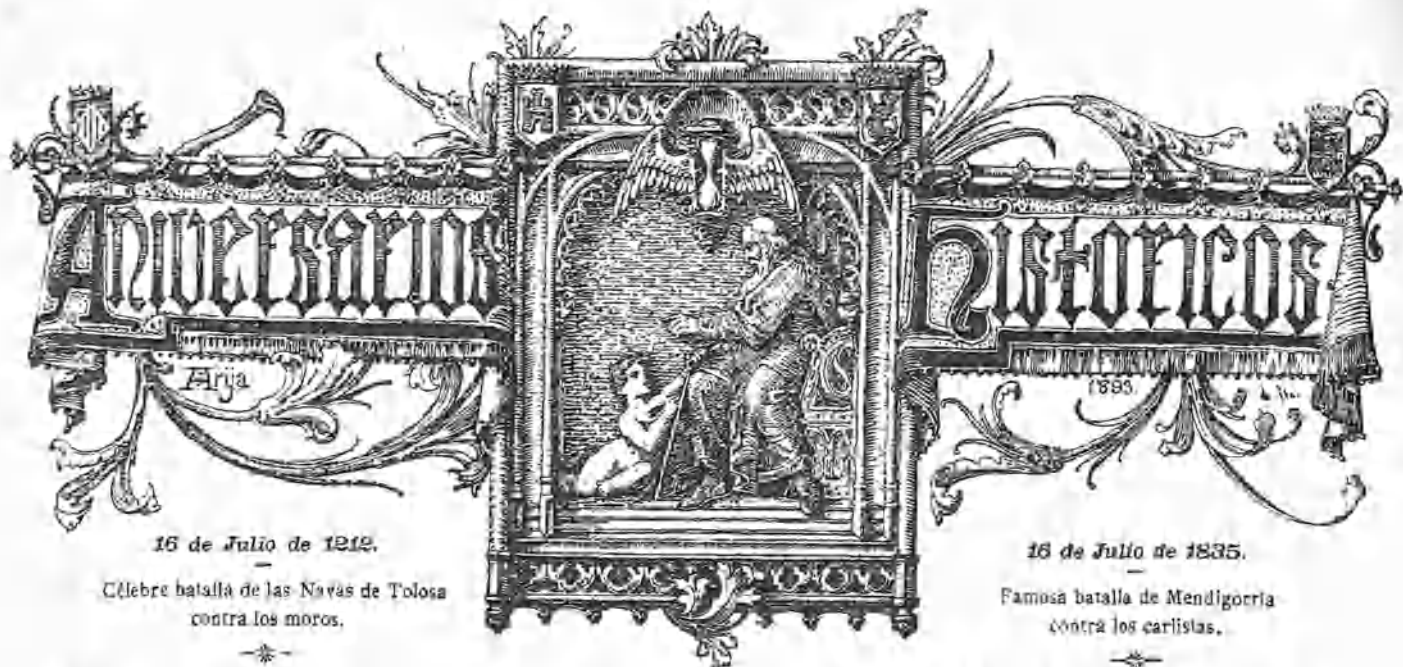
Felipe Pérez y González

NOTAS ARTÍSTICAS



EN EL CAMPO

Dibujo original é inédito de D. AGUSTÍN L Hardy.



16 de Julio de 1212.

Célebre batalla de las Navas de Tolosa
contra los moros.

16 de Julio de 1835.

Famosa batalla de Mendigorría
contra los carlistas.

La fecha del 16 de Julio, para mí tan inolvidable como una de las prendas queridas de mi corazón que me recuerda, trae á la vez á mi memoria tres hechos gloriosísimos que, aunque no todos con igual grandeza y con la misma importancia, juntan en día tan señalado los tres nombres más heroicos y más queridos para este nobilísimo pueblo español, que por ellos luchó siempre con verdadero heroísmo y vertió su sangre con placer y con entusiasmo; tres nombres que pudieran ser títulos de otras tantas magníficas epopeyas.

16 de Julio de 1808.

Memorable batalla de Menjíbar
contra los franceses.

rizado al Pretendiente con sus maltrechas y desconcertadas huestes absolutistas.

Imposible sería, en el espacio brevísimo de que disponemos, dar siquiera sumaria idea de aquellos tres hechos grandiosos. Respecto al primero, baste recordar lo escrito por el arzobispo de Toledo don Rodrigo Jiménez, actor, testigo é historiador de la batalla de Las Navas: «Si quisiera contar los altos hechos de cada uno, faltárame mano para escribir antes que materia para contar.»

Tres Reyes asistieron á aquella célebre batalla: D. Alfonso VIII de Castilla, aquel monarca enamorado de la hermosa judía Raquel, que según cuenta el antiguo romance:

LA RECONQUISTA.—LA INDEPENDENCIA.—LA LIBERTAD

El sabio escritor é ilustre hombre de Estado D. Francisco Pi y Margall, fijándose en tan curioso sincronismo, ha escrito estas admirables palabras: «El 16 de Julio de 1212 (según los cómputos de la época), los ejércitos reunidos de Navarra, Aragón y Castilla ganaron la importantísima batalla de Las Navas de Tolosa, contra la morisma innumerable de España y África, acudida por el famoso Mahomad Miramamolín Almanzor, el del turbante verde, de la dinastía árabe de los Almohades de Marruecos. En esa tremenda lucha fueron pasados á cuchillo casi todos los sectarios de Mahoma que tomaron parte en la batalla. En el propio día, y el mismo 16 de Julio, forzaron los andaluces, en 1808, el paso de Menjíbar, vengia precursora de la gloriosísima y decisiva Batalla de Bailén, ganada á los tres días contra los franceses invasores, acudidos por el famoso general Dupont.

«España ha tenido el triste privilegio de ser el campo de batalla donde han venido á morir los pueblos y las religiones rivales. Aquí se dieron la principal batalla Roma y Cartago. Aquí triunfó el Catolicismo del Arrianismo. Aquí lucharon Cristo y Mahoma. Este fué en el presente siglo el primer Waterloo de Napoleón el Grande. Hoy en la guerra de D. Carlos están también frente á frente dos civilizaciones y dos sistemas: el Derecho divino y la Soberanía de las naciones; la Autoridad y el Libre examen; el Absolutismo y la Democracia.»

Pues bien: en esta última lucha de los principios antiguos y de las ideas modernas, también el mismo día 16 de Julio, se dió en 1835 la famosa batalla de Mendigorría, que fué gloriosa para las armas liberales, é hizo huir atemo-

... olvidó á la reina,
con aquella se ha encerrado.
siete años estaban juntos
que no se habían apartado;
y tanto la amaba el rey
que su reino había olvidado...

D. Pedro II de Aragón y D. Sancho el Fuerte de Navarra, no habiendo concurrido los de Portugal y León, igualmente invitados por el primero, del que eran yernos, el uno por desavenencias con Alfonso VIII, y el otro por las cuestiones graves que á la sazón perturbaban su reino. Los tres Reyes hicieron verdaderas proezas. «Al ver el monarca castellano—refiere un historiador—á un clérigo que, vestido de casulla y con una cruz en la mano, venía desalentado ya, perseguido por un pelotón de moros, que así se burlaban de su pusilanimidad como denostaban al sagrado signo que en su mano traía, y le apedreaban, apretó los ijares de su caballo, y encomendándose á Dios y á la Virgen, y blandiendo su lanza, dióse á correr contra los atrevidos infieles. Siguiéronle todas sus tropas, incluso los obispos y clérigos. D. Domingo Pascual, canónigo de Toledo, desplegó al aire el pendón del Arzobispo que llevaba, y peleándose por medio de las filas enemigas, entusiasmó de tal modo á los cristianos, que todos arremetieron desesperadamente, derribando cuanto se les ponía por delante... Desde este punto el combate hasta entonces sostenido por los Almohades con valor, se convirtió en un degüello general de aquella inmensa morisma. Los cristianos perseguían á los fugitivos hasta cerrada la noche: el rey de Castilla había mandado pregonar que no se hiciesen cautivos, y en su virtud se cebaron los cristianos en la matanza, hasta dejar todos aquellos campos tan es-



PASTOR DE LA BATALLA DE LAS NAVAS.
Escultura del siglo XIII.—Catedral de Toledo.

pesadamente sembrados de cadáveres, que con mucho trabajo podían dar un paso los vencedores.»

Asegurábase, sin embargo—tales eran la sencillez y la credulidad de aquellos tiempos,—que en medio de tanta mortandad y carnicería de los agarenos—hay quien dice que murieron doscientos mil,—no se había encontrado en el campo rastro ni señal de sangre, milagro no menos extraordinario que otros repetidos por todos. El de la *cruz roja*, semejante á la de Calatrava, que había aparecido en el cielo durante la pelea, y de que habla el romance del *Cancionero de Sepúlveda*,

«Una cruz muy colorada
en el cielo parecía,
hermosa, resplandeciente,
¡gran consuelo les ponía!
Tienenlo á buena señal,
Adorado la habían.

«Tumba también del Aguila del Sena.»
Y entonces como cauce que rebosa,
Las glorias surgen de la patria escena,
Y el eco hasta mi oído se levanta,
Diciéndome: «Poeta, canta, canta.»

.....
¡Vates libres! Cantad al pueblo ibero,
A quien mejor en sus montañas plugo
Mostrar el pecho al invasor acero,
Que la cerviz al extranjero yugo.
Ódios brote la tierra al extranjero,
De sus venas rojizas con el jugo,
Y en vil esclavitud el pueblo muera,
Que en vil esclavitud la vida quiera.

La natural relación de los hechos hace que el eximio poeta pase de la batalla de Las Navas á la de Menjíbar, é imitarle debía si en el próximo número no hubiera de ocuparme de la gloriosa batalla de



D. LUIS FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA.



D. BALDOMERO ESPARTERO (t).

el del terror de los moros al ver el pendón de Castilla con el retrato de la Virgen y el del pastor que se presentó á los cristianos y los guió por escondido paso asegurando la victoria, y que era nada menos que el mismísimo San Isidro, según ha afirmado, no sólo el vulgo, sino algún escritor como el canónigo y doctor D. Manuel Rosell, que en 1789 publicó su *Disertación histórica sobre la aparición de San Isidro Labrador, patrón de Madrid, á los Reyes de Castilla, Aragón y Navarra y á todo el ejército christiano antes de la famosa batalla de las Navas de Tolosa*.

Esta opinión ha sido refutada por sesudos escritores; y respecto al susodicho pastor, sábese que se llamaba Martín Halaja—según una antigua crónica,—y que después de haber enseñado el camino, no se le volvió á ver, lo cual justifica bastante el que entonces se atribuyera su aparición á milagro y el que le tuvieran unos por San Isidro y otros por un ángel.

No necesita ciertamente aquel hecho que se le rodea de maravillosos detalles para resultar grande y glorioso, y para ser digno de que los poetas pulsen sus lirras para cantarlo. En nuestros días un escritor insigné, D. Eduardo Benot, le ha consagrado éstas entre otras inspiradas estrofas:

«¡Gloria!—dije: ¡Las Navas de Tolosa!
»Fiera tumba á la hueste sarracena.»
Y una voz susurraba misteriosa:

Bailén, de que aquella fué precursora, de la capitulación hecha entre el ilustre Castaños y el general Dupont, ratificada el 22 de Julio, y de la rendición y desfile de los franceses, que tuvo efecto en el siguiente día,

Pasando, pues, al tercer hecho, dos nombres venerables y dignos de eterna memoria acuden á la nuestra: el del ilustre general D. Luis Fernández de Córdoba, y el del popularísimo caudillo D. Baldomero Espartero.

Infinitas son las relaciones que se han hecho de aquella jornada gloriosa. Muchos conocerán seguramente la que en estilo jocoso y un tanto atrevido hizo el ingenioso escritor D. Juan Martínez Villergas, y que empieza así:

Era el año treinta y cinco,
y era de Julio en el mes,
y en el dicho mes de César
era el día dieciséis,
cuando allá en Mendigorría
quiso la suerte ofrecer
de una victoria ocasión
al expresado doncel.

Este doncel era el citado general Córdoba, cuyo hermano D. Fernando, teniente general no menos ilustre, ha dejado también escrita

(t) De un retrato sacado del daguerreotipo, cuyo original fué remitido por el mismo señor general Espartero, desde Londres, en la emigración, año 1846

una curiosa relación de aquella batalla, á que debió el título de marqués de Mendigorria, relación que figura en las *Memorias íntimas*, hace pocos años publicada.

De ellas voy á copiar algunos párrafos, seguros de que lo agradecerán mis lectores.

«Hallábanse los generales confiados—dice—y mi hermano radiante de ardor y de alegría. Así amaneció el 16 de Julio de 1835, día de la Virgen del Carmen, y, como se verá, de doble fiesta para el ejército...

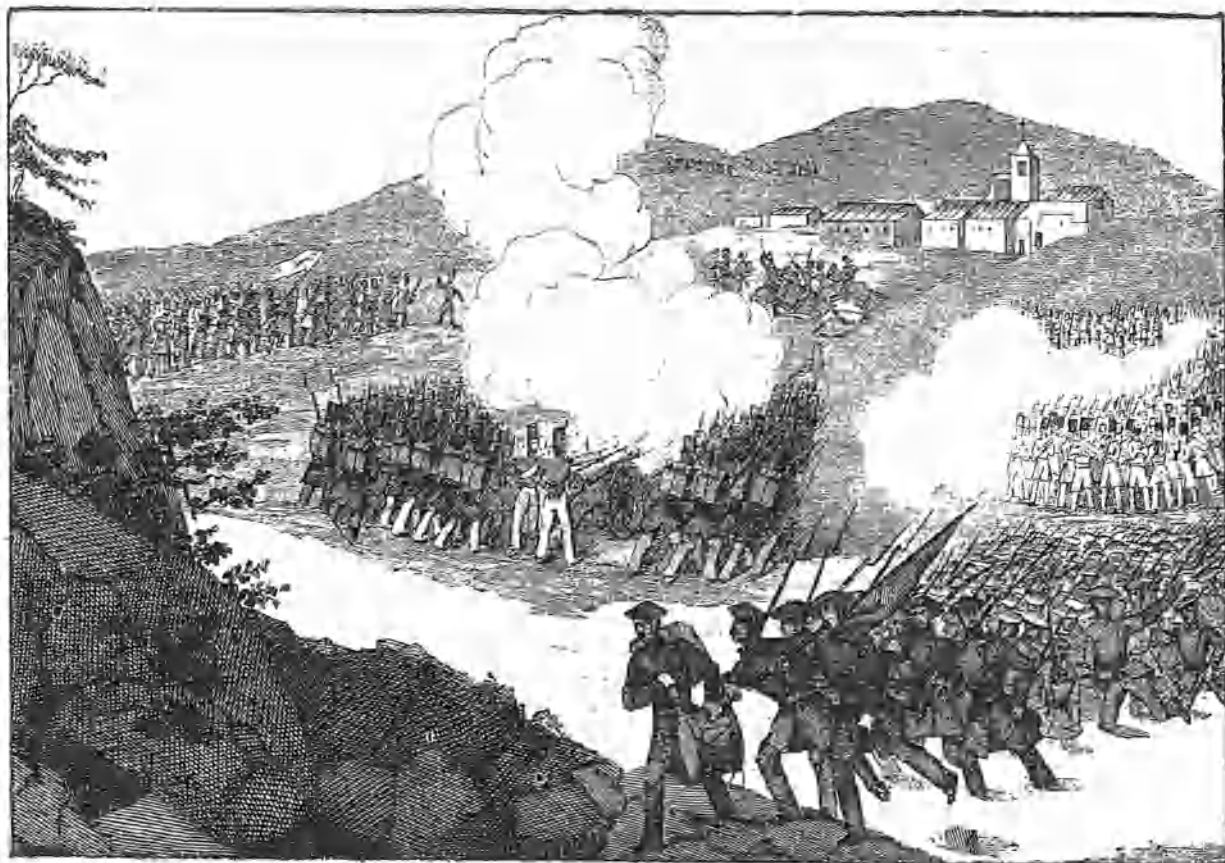
«Como en una parada, el ejército de la reina Isabel se puso en movimiento contra el del Pretendiente antes de que el día medlara, emprendiendo el camino de Artajona á Mendigorria. Una pequeña vanguardia de cazadores marchaba en cabeza, seguida por el general en jefe, que con su brillante Estado Mayor se presentó al ejército. Este le recibió en medio del mayor entusiasmo. Al general Córdoba ya le conocen mis lectores: era joven; su edad no pasaba de treinta y cinco años, alto, de figura tan distinguida como simpática, y de expresivo semblante; su mirada viva penetraba hasta el fondo del alma. Montaba brioso caballo extremeño, que dominaba sin ocuparse de él, y vestía, aun en el campo, con extremada elegancia. El atractivo de su fácil y elocuente palabra le prestaba el don de arrastrar al soldado en el entusiasmo de su propia inspiración, y así á todos lo comunicaba con su presencia. Los oficiales y jefes saludaron conmovidos al general con sus espadas y banderas; las músicas y tambores hicieron marcha, haciendo llegar al opuesto campo los honores que le tributaban, recibiendo el general, con viva emoción, las aclamaciones del soldado, que parecía querer romper la disciplina, rompiendo las filas para saludarle. Tuvo palabras para cada cuerpo: al acercarse al cuarto de la Guardia, compuestó de viejos y honrados castellanos y gallegos, les dijo con vibrante voz: *¡Granaderos, el terreno es fácil: hoy es día de emplear la bayoneta!* Y al divisar la bandera de Gerona, bajo la que sólo servían veteranos catalanes: *¡Soldados—exclamó:—esta tarde beberemos juntos en Mendigorria!* Las tropas contestaban, y el diálogo entre el soldado que iba quizá á recibir la muerte, y el general que á la gloria la conducía, impresionaba ardientemente todos los corazones. Así marchaba á ponerse á la cabeza de la vanguardia, más inmediato al enemigo que debe estarlo el jefe de un ejército; pero estos ejemplos de valor tiene que darlos todo general que manda soldados españoles.

«Concluida la batalla, el entusiasmo del ejército rayó en frenesí. Los

soldados, con más libertad ahora, rompían las filas al avistar al general, para vitorearle y hasta besarle. Como todos estaban ennegrecidos por la pólvora, imprimían al roce su propio sudor y polvo sobre la cara del general, por cuyo yaronil semblante corrían, en el extremo de tanta emoción, lágrimas de gratitud y suprema dicha, porque nada lisonjeras ni orgullece tanto al hombre de guerra como el amor del soldado y las demostraciones de su afecto. En el camino de Puente la Reina recibió nuevamente estas pruebas, devolviéndolas con palabras que volvían más locos á los soldados. Mi hermano era andalúz, tenía en sus dichos la gracia del bello país en que nació, y no desdenaba, en la frenética expansión de tales instantes, dar la mano á un recluta, abrazar á un valiente ó tomar la curtidá cara á un veterano. En esta ocasión, viendo desfilar las tropas sobre el camino de Puente, y volviéndose al comisario del cuartel general, le gritó: *Señor comisario, doble ración de vino á estos borrachos, que la pólvora ha embriagado...* llegando el júbilo de los soldados á su colmo; y los del Infante, que acababan de ganar el puente, los de la Guardia Provincial, y Córdoba y Gerona, que inundaban el camino, casi en hombros arrastraban general y caballo, mientras mi hermano, no menos ebrio de satisfacción, con su voz vibrante les decía: *¡Soldados: la Reina sabrá vuestro valor, y los pueblos conocerán la conducta heroica de sus hijos!* A cuyas palabras, los catalanes contestaban: *¡Viva la pelita!*

«D. Carlos, durante el principio y lo más rudo de la batalla, comía tranquilamente en su casa, teniendo á la puerta los caballos de su escolta. Moreno le envió varios avisos del mal estado en que se encontraba la acción, y no hizo caso. Ya lo he dicho: era el Infante preteniente confiado y valeroso. El fuego se acercaba tanto, que al fin se levantó, acudió á la ventana, y pudo ver á los soldados cristinos que ya tocaban las primeras casas del lugar. Entonces dejó comida y varios efectos de su equipo, y montó apresuradamente su caballo, corriendo á tomar el puente, lo cual consiguió con algunos oficiales y ordenanzas, que fueron los últimos que lo pasaron. En este pueblo de Mendigorria, como en Mendaza, dejó también fugitivo el Pretendiente el campo de batalla ante la espada de D. Luis de Córdoba; y de haberse hallado en el ejército generales de caballería como después lo fueron León, Ulibarri, Schaly, Pezuela, Serrano, Dulce, Zabala y otros, D. Carlos habría sido hecho prisionero en aquel día, y la causa realista hubiera terminado.»

TELLO TÉLLEZ.



En Mendigorria. —De una lámina de la época.



¡Mañana!...

--Tal vez mañana...-- Síces; desvarios!
en jairó inútil ó promesa vana;
sueña en mi corazón ese mañana
como retumba un ay! en el oacío.

*Los fuegos se apagarón del estío
desde que huyó la juventud lozana;
con nieve, y no con flores, se engalana
la triste imagen del invierno frío.*

*Ayer, por la esperanza solamente
de un mañana feliz, dado se hubiera
loca pasión ó culto reverente.*

*hoy, tu palabra te desvelo enteramente,
ese mañana que tu labio miente
ya es imposible: la vejez no esperó.*

Manuel del PALACIO.

La canariera.



EMIGIO Tarugón, empleado en Fomento, estaba casado con una jamaona, sensible y bella, que hacía versos y se vestía de blanco, con flores en la cabeza, hasta para repasarlos calcetines de su señor esposo. Había

nacido para la ópera,—según decía ella;—pero perdió la voz en una pelotera que tuvo con Remigio cuando eran novios, y tuvo que resignarse á hacer comedias caseras, y á cantar arias en las casas de los amigos, siempre que tenía ocasión.

—El arte—decía Fidela, que así se llamaba la esposa de Tarugón—es un segundo alimento. El que no sepa lo que es una balada, ni leer unas quintillas con cadencia melosa, no debe entrar en el cielo.

Tarugón, por el contrario, era todo prosa. No concebía la existencia sin garbanzos ni chorizos; y en cuanto á literatura, sólo le conmovían *La Almoneda del Diablo* y *Juana la Rabicortona*, ó *el asombro de Jerez*.

Fruto de este matrimonio era un niño llamado Pepito, que ya tenía doce años cuando empieza esta historia. El chico era guapito, porque había salido á la madre; pues Tarugón era bastante feo, porque de pequeñito se lo dejó caer el ama en la caldera de la lejía, y si no lo sacan pronto, allí se queda con la

ropa sucia; pero así y todo, se le tostó la piel de arriba abajo, porque aunque él aseguraba que sólo se había chamuscado un poco. Fidela daba entender lo contrario, cuando hablaba de las dotes físicas de su marido.

—¡Ay!—exclamaba ella frecuentemente, y siempre con acento melancólico.—Esto no es hombre: si lo vieran ustedes por dentro, parece una zanahoria desarrollada ó un cangrejo cocido.

Este matrimonio tenía un primo, como les sucede á la mayor parte de los matrimonios en que la mujer es guapa y el marido feo; y el tal primo, que se llamaba Adelardo, era un joven pálido y de pocas carnes, aunque bastas, que estaba empleado en el Ayuntamiento, y componía piezas y zarzuelitas en un acto, para llevarlas á los empresarios de los teatros por horas y recogerlas después, pues todas se las devolvían, hasta con malos modos.

Pero él no cejaba en su empeño, y llevaba escritas veinticinco piezas y treinta y dos zarzuelas con el mismo éxito.

Fidela aseguraba que Adelardo llegaría, tarde ó temprano, al templo de la Gloria; porque hacía los ovillos como nadie, sólo que le faltaba un poco de experiencia para desenredar los nudos de las obras.

Entretanto, Adelardo comía muchos días en casa de Tarugón, y el tiempo que le dejaba libre el Ayuntamiento se lo pasaba en los escenarios de Lara y Apolo ó en las escaleras de las casas de Rosell y Mesejo, en las que se sentaba muy tempranito para cogerlos á la salida de sus domicilios, y leerlos algún trozo escogido, mientras ellos bajaban á la calle maldiciendo de su popularidad.

Como era natural, Tarugón se reía de Adelardo, porque éste siempre estaba hablando de la sintaxis, y de la vena, tanto que una vez estuvo en cama quince días con fiebre, y luego le salieron diecinueve bultos en la cabeza, á causa del disgusto que tuvo porque un periódico de provincias le publicó unos versos sáficos, y se le comieron un pie quebrado.

Peró volvamos á Pepito, como dicen los novelistas cuando se les acaba la cuerda para mover á sus personajes, y la emprenden con otro.

Pepito era un chico muy travieso, que siempre estaba ideando diabluras contra las criadas, el perro y de los demás animales de la casa. Porque es necesario advertir que en casa de Tarugón había muchos animales.

Además de los ya citados, existían un gato, llamado Pipirris, dos palomos, que andaban sueltos, y dos docenas de canarios en una gran canariera, que estaba colocada en el comedor, encima de un trípode. Pues bien: cuando Pepito no revolvía el brasero con la cola de Pipirris, cosa que hacía con toda la frecuencia que Pipirris se lo permitía, agarraba al perro, que era de aguas, y le esquilaba hasta hacerle sangre. Otras veces calentaba el puchero de la cola, y pegaba por sus colas respectivas, á los pobres palomos; y otras, cuando la cocinera se dormía en la cocina, le ataba un bramante al vestido y la otra punta al banquillo de la tinaja. Después la llamaba á gritos desde el pasillo, para que cuando se despertara y echase á correr para acudir á las voces de su señorito, se llevase tras ella la tinaja, con su líquido correspondiente.

Fidela se desesperaba cada vez que Pepito hacía una barbaridad por el estilo; pero en cambio á Tarugón le encantaban las travesuras de su hijo, porque decía que eso revelaba el ingenio del chico, y que cuando fuera mayor ya sentaría la cabeza.

Una tarde, mientras Remigio estaba fuera de su casa y Fidela se hallaba en el gabinete ayudándole á Adelardo á recortar unos endecasílabos que le

habían salido bastante largos, Pepito se fué al comedor, donde los pobres canarios estaban celebrando un concierto dentro de su magnífica jaula,

sin que nadie les oyera ni les aplaudiese.

Acertó á entrar Pipirris en el comedor, atraído sin duda por la agradable música que producían los canarios, y en aquel mismo instante se le ocurrió á Pepito una idea verdaderamente diabólica. Cogió á Pipirris, que era muy manso y estaba ya acostumbrado á las fechorías que con él hacía su señorito, y por lo tanto no opuso la menor resistencia á la voluntad de aquél; el cual abriendo de pronto la puertecilla de la canariera, que era bastante ancha, zambulló á Pipirris, aunque con algún trabajo, dentro de la mansión de *Los Maestros Cantores*. Inútil es decir que la jaula rodó por el suelo, que los pajaritos piaban desesperados, que Pipirris daba saltos



y maullaba como si estuviera loco, y que cuando acudieron al sitio de la catástrofe Fidela, Adelardo y las criadas, no quedaban ya más que seis canarios vivos, porque los demás, hasta los veinticuatro que había en la jaula, habían perecido entre las fauces y las garras de Pipirris que también se desdobló bastante una oreja al querer salir violentamente de donde había sido encerrado.

—¡Ven aquí, demonio, más que demonio!—gritó Fidela agarrando á Pepito por las narices.—Arrodílate ahí, á mis pies, y así te tienes que

estar media hora rezando Padrenuestros y Avemárias, y besándome la mano, y pidiéndome perdón hasta que yo me canse.

Pepito, aunque de mala gana, se arrodilló, y allí se estuvo un gran rato entregado á los besos y á las oraciones, mientras Adelardo jugaba distraído con los sedosos cabellos de Fidela, que los llevaba sueltos.

Cuando volvió Tarugón y se enteró de la tragedia, le regañó á su hijo durante un momento, pero con muy buenos modos, como él acostumbraba á hacerlo; y luego, á la noche, se rió muchísimo en el café, contándoles á sus amigos las hazañas de su heredero.

La jaula fué colocada otra vez en su sitio, y á los pocos días ya estaba llena de canarios, pues á Tarugón le gustaban extraordinariamente: así es que compró otra docena y media para sustituir á los que habían sucumbido entre las uñas de Pipirris.

Pasó un mes sin que Pepito volviera á hacer ninguna barrabasada; y una tarde, al anochecer, mientras Remigio se hallaba en su despacho escribiendo una carta, se le ocurrió á Pepito entrar muy despacio en la sala y asomarse al gabinete por entre las cortinas que había en las puertas de ambas habitaciones.

Pero, en vez de entrar en el gabinete, después de mirar, dió media vuelta con mucho cuidado para no hacer ruido, y saliendo de la sala, se fué corriendo al despacho de su papá.

—¿Qué vienes á hacer aquí?—gritó Tarugón al ver á Pepito.

—¡Papá, papá!—exclamó el angelito.—Ven, ven corriendo.

—¿Adónde?

—¡Al gabinete de mamá!

Y Pepito tiraba de la levita de su padre, con todas sus fuerzas.



—¿Pues qué ocurre? ¿Se ha puesto mala?—murmuró Remigio, levantándose asustado.

—No, no se ha puesto mala; sino que quiero que vengas á escape al gabinete.

—¿Para qué?

—Para que veas que yo no soy el más malo de la casa.

Y Pepito fué conduciendo á su papá, poco á poco y con mucho misterio, hasta la sala. Una vez allí le hizo señas con el dedo para que no hiciera ruido y después para que mirase hacia el gabinete por el mismo sitio por donde él había mirado un momento antes.

Tarugón se acercó lentamente, levantó un poco la cortina como la había levantado Pepito, y ¡oh asombro! vió que estaba Adelardo arrodillado á los pies de Fidela, y besándola las manos con un entusiasmo...

El pobre Remigio abrió la boca... extendió los brazos... y antes de que dijera algo, oyó la voz de Pepito, que le decía riéndose:



—¿Ves, papá? También el tío Adelardo debe haber querido meter á Pípirris en la canariera, porque está castigado.

CONSTANTINO GIL.



Autógrafos. - III.

Las lágrimas de los niños
Salen pronto y los consuelan;
Las lágrimas de los hombres
Fanden en saliva y ghemán;
Autógr. G. Gil





INGRATITUDES

Parece que fué ayer ¡y ya han pasado
completos cuatro lustros!

Cuatro lustros que son, según mi cuenta,
y en lenguaje vulgar, veinte años justos.
¡Veinte años! Es decir, que yo tenía
entonces los veintiuno...

ó veintidós. Por año más ó menos,
ni riño, ni cuestiono, ni discuto.

Parece que fué ayer ¡y todavía
al recordarlo me avergüenzo y sufro!

Bajaba yo al Colegio de San Carlos,
pensando en los exámenes de Junio,
cuando en la acera, y al doblar la esquina
de la calle de Atocha, veo un grupo
de gente. Me aproximo,
y—«¿qué ha pasado?» á una mujer pregunto.
—Pues, nada, caballero, una señora
que de pronto aquí mismo se indispuso.
Me abrí paso; acerquéme á la pac'ente

y la tomé con gravedad el pulso.
No era nada. Una simple lipotimia;
un *patatús*, como lo llama el vulgo.
Levanté suavemente su cabeza;
la hice tomar un poco de bromuro,
y á los pocos momentos ya le había
pasado por completo el arrechucho.

—¡Oh, gracias, caballero! dijo entonces
una joven más fresca que un capullo,
de airoso porte, de maneras finas,
de negros ojos y cabellos rubios...

—Yo... señorita... repliqué cortado,
y ante belleza tal quedé confuso.

—¿Te sientes bien, mamá?

—Sí, vida mía;
estoy mejor. Marchémonos al punto.

—Acepte usted mi brazo.

—¡Ay, caballero!

Sentiría abusar...

—Lo hago con gusto.

Y marchando los tres poquito á poco,
llegamos á la calle del Saúco.

—Suba usted y descanse.

—Muchas gracias.

—¡Sí, suba usted!

—Pues me lo mandan, subo.

La voy á recetar una mixtura,
con la que usted se alivia, de seguro.
Y subí; receté y ¡ay! aquel día
brotó la llama del amor oculto;
de un amor vehemente, apasionado,
de un amor que me expuso
á perder la salud y los ahorros,
y casi casi hasta á perder el curso.

Era Elena muy guapa, lo confieso,
y á veces muy amable; ¡pero mucho!
Y era doña Rosario una señora,
algo grosera y de carácter brusco.
Vivían las dos solas. He mentado.

Solas no, que vivían con un chucho;
un perrito faldero muy mimado,
muy goloso, muy feo y muy lanudo.
Se llamaba *Pichichi*. ¡Los bizcochos
que me costó el dichoso animalucho!

—
Cinco meses duraron mis amores,
Cinco meses de afanes y de apuros;
pues entre flores, dulces y teatros,
y cafés con tostadas... y otros lujos,
yo, infeliz, me veía y deseaba,
para sufrir derroche tan mayúsculo.
Pero, al fin, el amor todo lo puede,
y en aquella ocasión todo lo pudo.
Es decir, todo no. Cierta mañana
doña Rosario me soltó un discurso,
para contarme, entre suspiros hondos,
por centésima vez sus infortunios;
y después de abrazarme cariñosa,
llamándome hijo suyo,
acabó por pedirme ochenta pesos,
que reclamaba un primo del difunto.
Pedirle suma tal á un estudiante
es no tener vergüenza... ni recursos!

—Señora, yo la dije. Francamente,
el trance es para mí terrible y duro.
si se tratara sólo de dos pesos,
ó de cincuenta reales á lo sumo,
yo diría en seguida: «Aquí los tiene»;
pero esa cantidad!...

—¡Cómo! ¿Qué escucho?

¿Duda usted de que yo se la devuelva?

—¿Dudas de mi mamá?

—¡Si yo no dudol

—¿Dice usted que no tiene ese dinero?

—¿Qué he de tener?

—¡Pues pídaselo á alguno!

—¡Yo, señora, no pido lo que ignoro
si podré devoiver!

—¿Oyes qué insulto?

¡Esa es una indirecta!

—Yo la ruego...

—¡Mamá dice muy bien! Y ya te juzgo
indigno de mi amor.

—¡Por Dios, Elena!

—¡Y dices que me quieres!

—Yo...

—¡Perjurol

¡Ingrato! ¡Desleal!

—Calma, hija mía.

No te tomes, por Dios, ese disgusto,

—Tienes razón. ¡Pues hemos concluido!

Lo que sobra son novios en el mundo.

—Pero, mujer...

—Lo dicho, caballero.

¡Ofender á una dama! ¡Eso es lo último!

—Repito que yo...

—¡Basta! ¡Esa es la puerta!

—¡Pues, abur!

—¡Hasta nunca!

—¡La del humo!

Abandoné la sala acongojado,
y al encontrarme en el pasillo oscuro,
vi que sólo *Pichichi*, cariñoso,
salla á despedirme triste y mustio!

—
Al verme despreciado de tal suerte,
sentí brotar mi natural orgullo;
pero pensaba en ella, y conocía
que estaba enamorado como un bruto.
Un mes pasé sin verla; y una tarde
la encontré con su madre y con el chucho.
Yo no sé qué sentí, pero es lo cierto
que en la garganta se me hacía un nudo.
Las miré; me miraron; pero ¡nada!
continuaron impávidas su rumbo.
Las saludé cortés... ¡y ni siquiera
correspondió la ingrata á mi saludo!
Sólo el *Pichichi*, que me vió de lejos,
corrió á mi lado; me miró con júbilo,
y mientras yo buscaba en los bolsillos
algo con que pagar su amor perruno,
me olió las botas, levantó la pata,
¡y el grandísimo sucio
me echó á perder un pantalón á cuadros
que me había costado siete duros!...

VITAL AZA

Miércoles, Julio 93.



Ilustraciones de D. ALFREDO PEREA.



No corrían, sino que volaban, según lo pronto que scabaron, aquellos años de la revolución de Septiembre.

Era rey de la península española y de sus islas D. Amadeo de Saboya; hizo el rey un viaje á Zaragoza, y el alcalde, democrático y castelarista, le recibió con respeto y dignidad supremos, y le dijo en un Mensaje que en la misma estación hubo de escuchar, cosas como ésta:

«Si valor no tuviereis, tampoco lo necesitaréis; que hasta sus propios enemigos, asilo seguro gozan, cuando lechumbre zaragozana los cobija.»

Así sucedió desde los tiempos más remotos. La heroica ciudad fué siempre asilo contra todas las persecuciones y contra todas las asechanzas; y aun defensa contra todos los rigores, así de las pasiones como de las justicias sumas.

En el siglo XV se sustanciaban los procesos por los tribunales, y se proseguían sin excepciones dilatorias ni suplicatorios de ningún género, pero se desconocía la prisión preventiva y el encarcelamiento provisional.

El procesado, por el hecho de serlo, no quedaba entregado al proceso, porque no había culpable hasta que no había sentencia; y el asilo era seguro, porque el procedimiento de la justicia no dañaba como procedimiento, sino como fallo.

Así nació el Justicia, con la Ley.

Después, con los reyes, vinieron los indultos.

Pero las leyes fueron antes en Aragón que los reyes.

Dicen esto los de Zaragoza.

Pero lo niegan los abogados de Castilla.

Y hay quien asegura que el Justicia no fué, ni más ni menos, que un auditor del Rey.

Auditor no es oyente. Digo esto, porque un orador parlamentario muy ilustre solía confundirlos en tiempo de la Unión Liberal.

Perdone el lector que no le diga quién era, porque sus achaques merecen ese respeto.

En cambio, el general O'Donnell decía *diferencia*, y de ahí no le sacaba nadie, y un ministro de Fomento muy reciente, que sabe más literatura que la mitad de la Acade-

mía Española, dice *anodota* por *anecdota*. Y no hay quien lo apée de la *anodota*.

Si el Justicia era auditor del rey, era al fin su consejero, y lo fué todo. Natural era también que así fuese, porque aquellos reyes de Aragón, esforzadísimos conquistadores, se parecían, más que á Alfonso X, que quiso penetrar los orbes con la propia y con la ajena sabiduría, al gran Carlomagno, que no sabía firmar.

Crecieron las autoridades forales extremadamente. Isabel la Católica las aborrecía con toda su alma. Y aquel gran Rey católico, de medianas luces científicas, pero de asombrosos esplandores gobernantes, dijo en plena sesión de Cortes á los representantes de todo Aragón, no pudiendo soportar el cierzo del Moncayo que entraba por una ventana:

—Cierren esa abertura... si no es contra fuero.

Antonio Pérez se refugió en Zaragoza, perseguido por Felipe II á causa de sus amores con aquella viuda saladísima, menuda y combustible, y de mirada *única*, porque, como ya he dicho en otra ocasión, el ojo, hermosamente abierto, no tenía compañero en el otro, hermosamente cerrado para siempre. —Ya habrá recordado el lector á la princesa de Eboli y duquesa de Pastrana al mismo tiempo.

De ella dijeron que, tuerta y todo, no tuvo nunca cara de hereje, los que mejor la vieron, la recordaron, ó se la imaginaban.

No valió el asilo á Lanuza, último de los Justicias; porque al prenderle D. Alonso de Vargas, no tenía más orden del Rey que la siguiente: «Le prenderéis y le mandaréis cortar la cabeza.»

Así se hizo. Y su cabeza rodó al primer golpe del hacha.

Grande fué el pasado de la ciudad inmortal, y de ejemplo y norma se ofrece y acredita que así produjo los héroes sin cuento, como regada con la sangre de los mártires innumerables.

CONRADO SOLSONA.



TOMANDO CAFÉ.—Dibujo de T. Andreotti.

Los cinco sentidos

EL OIDO

Onofre Barbero
de la Seguidilla,
allá por Enero
se casó en Sevilla

con Lola Cascajo
de la Zaragata,
que parece un bajo
de ópera barata.

Su cara es bonita,
sus ojos son buenos;
pero si habla ó grita,
parece que hay truenos.

Y aun al que disloca
su garbo y su talle,
si ella abre la boca,
le dice que calle.

Ya es cosa que espanta.
¡Jesús, qué pulmones!
¡Jesús, qué garganta
¡y qué entonaciones

Cerca de la oreja
dijo á uno un secreto,
y á poco lo deja
sordo por completo.

Se hirió en un dedito
con un vidrio roto;
se asustó; dió un grito,
y hubo terremoto:

hizo que acudieran
los municipales
y que se rompieran
ciento diez cristales,

dejando apagado
la detonación,
todo el alumbrado
de la población.

Para que ni el mismo
demonio la aguante
tiene un «fanatismo»
loco por el canto.

Canta unas playeras
que dan calentura
y unas «carceleras»
de cárcel segura.

Y me cantó un día,
solitos los dos,
un «Ave-Maria»
que ¡válgame Dios!

No bien se levanta,
y hasta media noche,
la maldita canta
siempre á *tutta voce*.

Con un tono extraño
y unos fieros modos,
que desde hace un año
los vecinos todos

van descoloridos,
con palpitaciones,
y con los oídos
llenos de algodones.

¿Que cómo soporta
Onofre á Lolita,
y nada le importa
si calla ó si grita?

¿Que por qué contento
vive el matrimonio,
sin que ni un momento
lo turbe el demonio

y no hay un disgusto
ni hay una querella,
y él se duerme á gusto
cuando canta ella?

¿Que por qué en reposo
constante han vivido?
Pues... porque al esposo
le falta un sentido.

Porque aquel risueño,
bondadoso Onofre,
que es desde pequeño
más sordo que un cofre,

no oye un cañonazo
tirado al oído,
y hecho un simplonazo
vivía aburrido,

hasta que á su «mona»
juró amor profundo...
¡la única persona
que él oye en el mundo!

Y una voz que atruena
al género humano,
para él sólo suena
cual eco lejano,

cual voz delicada
que tierna suspira,
cual nota arrancada
de armónica lira.

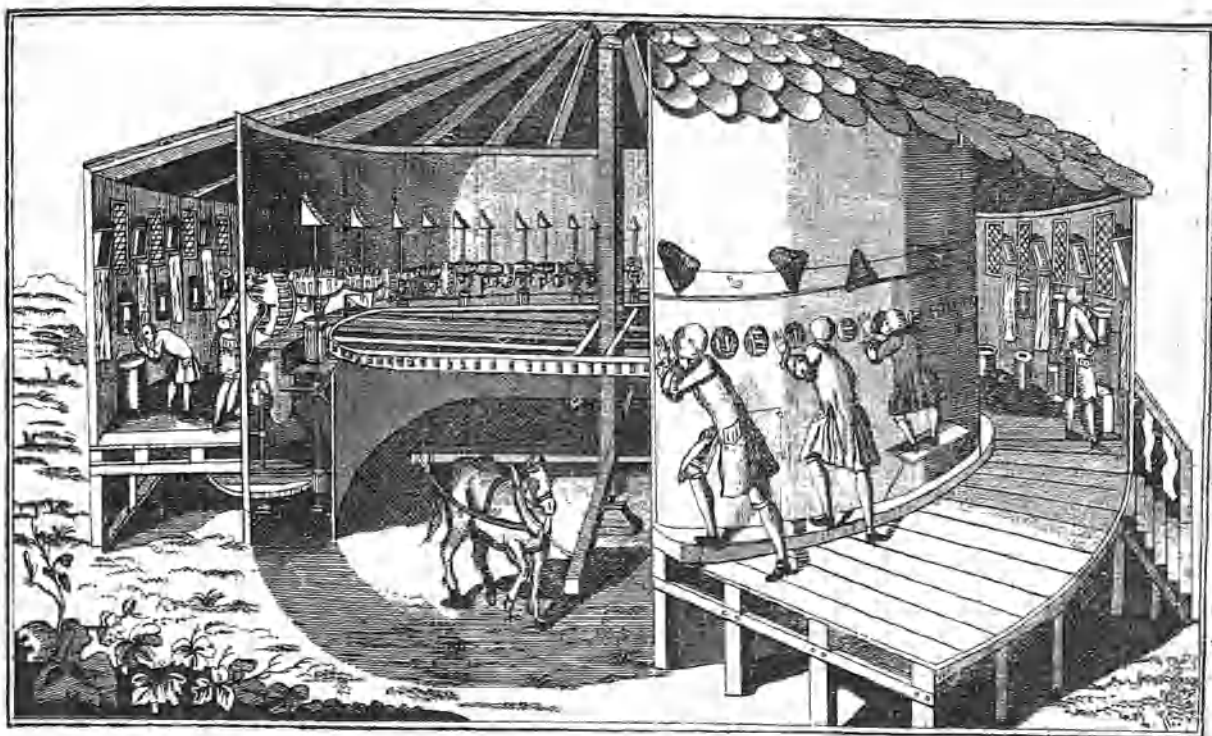
¡Onofre dichoso,
dichoso marido,
el más venturoso
mortal que ha nacido!

Que el alma te rompa
cualquiera, ó te cuelguen
¡antes que la trompa
de Eustaquio te arreglen!

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ

CURIOSIDADES

Dos máquinas «fin de siglo».



Hoy ya casi todo se hace á máquina, y en el campo, en el taller, en la casa, la máquina, reemplazando los brazos del hombre y de la mujer, siega y trilla, y teje y borda, y escribe y cose y canta. Ofreciendo ventajas indudables en economía, perfección y tiempo, cada día extiende más su esfera de acción hasta que llegará momento en que las máquinas lo harán todo y en que el hombre tendrá que mirartas con los brazos cruzados, no por indiferencia, sino por falta de ocupación, y el divino terrible fallo que le condenó á ganar el pan, tendrá que ser reformado, sustituyendo las palabras «con el sudor de su frente,» por estas otras: «con el movimiento de tu máquina».

No es extraño que los caricaturistas hoy, pintando humorísticamente las costumbres de esta época, y relacionando con las modas ó «caprichos» del día el monopolio del trabajo por la máquina, pinten una para pelar en velocípedo, como la curiosísima que hemos tomado de un festivo periódico alemán. Pero sí es extraño que nuestros bisabuelos, á fines del pasado siglo, hicieran caricaturas como la que va á la cabeza de esta plana, que es, así por su graciosa idea como por sus curiosos pormenores, digna de atención.

Nuevo molino-barbería, con el que se puede afeitarse y pelar á las personas en un minuto. Así dice la primera línea de la leyenda que hay al pie de la estampa del siglo XVIII, que hemos reproducido, gracias á la amabilidad de su poseedor D. Cristóbal Ferriz. Y como si se tratara de la cosa más seria y del invento más útil y formal del mundo, sigue la relación en estos términos:

«La máquina cuyo dibujo ofrecemos, es invención del célebre Hellesius, mecánico inglés: el ensayo, que se ha hecho públicamente en Londres, ha tenido todo el éxito posible y ha respondido perfectamente á la idea elevada que se tenía de los talentos de este hombre hábil: por ello el público, con viva impaciencia, espera de este raro genio la ejecución de otro molino para hacer pelucas en el brevísimo tiempo que éste necesita para hacer la barba. El dibujo estaba ya trazado, y el Sr. Hellesius había empezado la construcción, cuando los peluqueros de Londres, justamente alarmados por el éxito del *molino-barbería*, acudieron al Parlamento para que se prohibiera al mecánico seguir con tales invenciones... Esto, que al presente afecta á los peluqueros londinenses, no interesa menos á los de los otros reinos por el crédito que hallará siempre en todas partes una máquina, que á una gran comodidad reúne una economía considerable...»

A esta leyenda sigue la explicación de la máquina, explicación no menos humorística y chistosa. El Sr. Hellesius tuvo que inventar una máquina para afeitarse. Al caricaturista le bastó su lápiz para tomar el pelo al Sr. Hellesius.



Actualidades.

No pasa nada! decía tristemente un individuo mirando con angustiados ojos una peseta que tenía en la palma de la mano derecha, y cuyo busto amarilleaba de tal modo, que parecía la figura del rey con ictericia.— ¡No pasa nada! repetía, cada vez más quejumbroso, después de varias inútiles tentativas para hacerla pasar.

— ¡Todo pasa! exclamaba con voz tristemente dolorida y con los ojos humedecidos por las lágrimas, un pobre señor que después de haber gozado los esplendores del éxito y los favores de la fortuna, después de haber tenido criados y aduladores, conquistas y cortesanos, veíase sólo, pobre y olvidado, sin una persona que fijara sus ojos en él, ó á quien él pudiera volver los ojos.

— ¡No pasa nada! murmuraba con voz sorda un pobre autor, que contaba el número de sus obras estrenadas por el número de las silbas recibidas, y que siempre achacaba sus fracasos consecutivos á prevención injusta del público que nada dejaba pasar, á malquerencias ó torpezas de los cómicos, que no pasaban de medianos, ó á intrigas de los envidiosos y rivalidades de los "compañeros," que no podían pasar porque él pasase.

— ¡Todo pasa! ¡Todo pasa!—repetía escépticamente un filósofo casero, lamentándose de las magníficas tragaderas de la sociedad moderna, que á su vez pasa por todo y deja que todo pase: la hipocresía, por virtud; la fanfarronada, por valor; la patriotería, por patriotismo; la charlatanería, por elocuencia; la desvergüenza, por chiste; la falta de honradez en los hombres, por ligereza, y la falta de pudor en las mujeres, por gracia.

— ¡No pasa nada! ¡Todo pasa! Esas dos frases, tantas veces repetidas en tonos tan distintos, en tan diferentes conceptos y con intenciones tan diversas son, sin embargo, los que mejor pueden servir para comenzar hoy un artículo que lleve el epígrafe de *Actualidades*.

**

Porque hoy puede repetirse oportunamente lo dicho por un notable escritor:

"Aquí donde todo pasa... no pasa nada."

**

En la playa.



— El mar me inspira versos,
tú me inspiras amor,
— Y tú me inspiras lástima...
¡Mira qué inspirados estamos los dos!

Es decir "pasan," los trenes llenos de viajeros que van á "explayarse," precisamente buscando las "playas," "pasan," los días sin que la situación política se despeje, ni la situación económica mejore; "pasan," muchos ciudadanos los grandes apuros para poder ir "pasando;" "pasan," por personas decentes muchísimas que no lo son, y si hemos de creer lo que dicen algunos periódicos,

*pasan... por el puente
muchos mataderos.*

De modo, que si seguimos á este "paso," que es un "paso de carga..." sobre las costillas del país, y que puede convertirse en un "paso de ataque," contra el Gobierno, el día que menos se piense, sabe Dios lo que "pasará."

**

Cuando no pasa nada, es cuando el revistero pasa más. Yo, metido á revistero por mis muchas culpas, necesito, por consiguiente, que pase algo, y ya que no pase otra cosa, procuraré pasar yo. Dejo, pues, la pluma en el tintero, y como jugador de mus ó de tresillo que no tiene juego, exclamo con voz grave, dando un golpe sobre la mesa con los nudillos de la mano derecha:

— ¡Pasa!

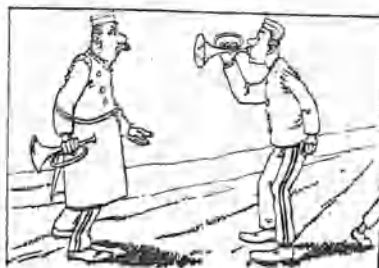
Ego.

Una lección de corneta, por ROJAS

1



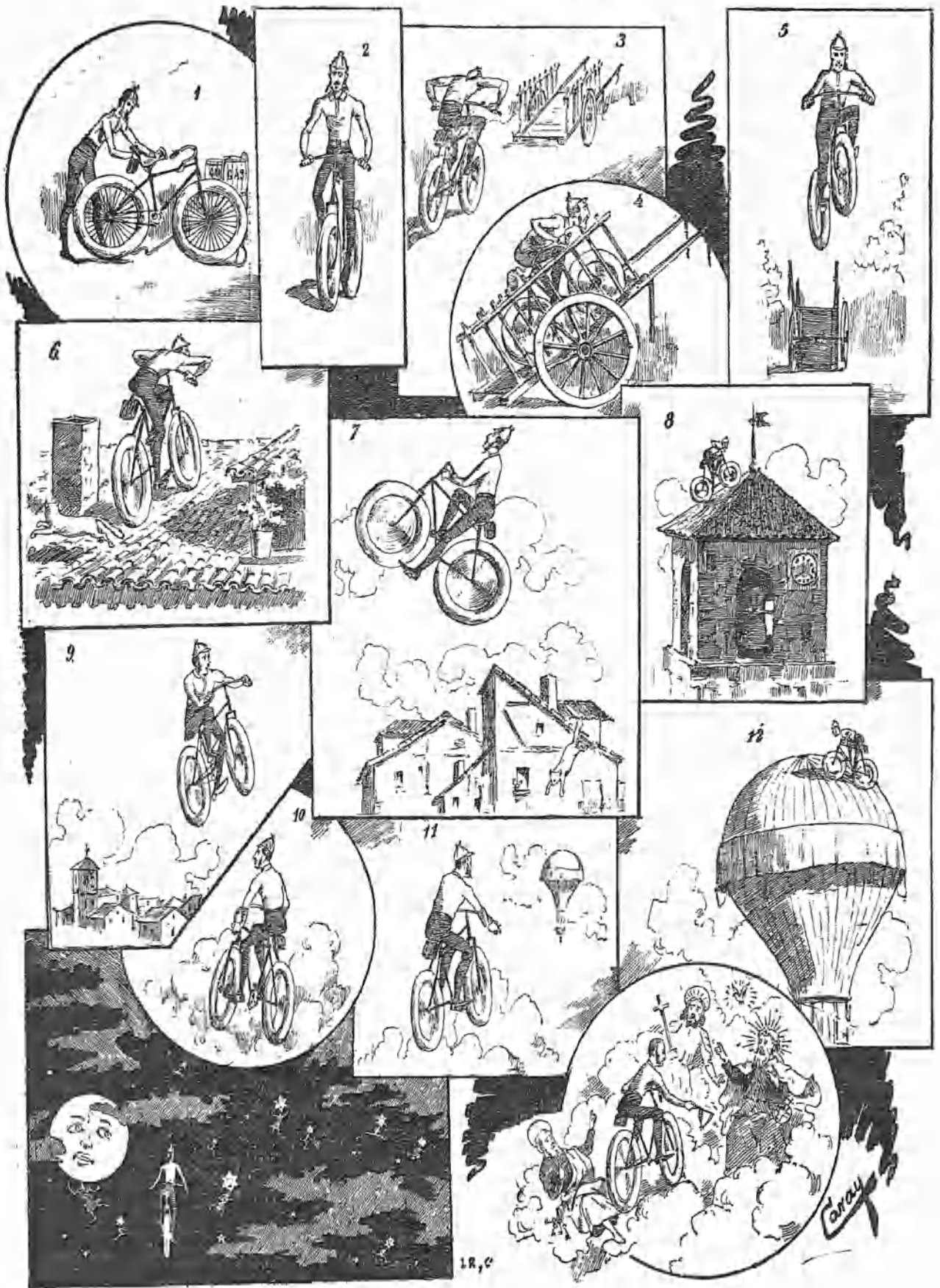
2



3



LA VELOCIPEDOMANÍA



Sin reparar en males
ni en contratiempos,
ni en fríos, ni en calores,
lluvias ni hielos,

lo mismo en el verano
que en el invierno,
por los campos, los valles,
montes y cerros,

andan los ciclistas
siempre corriendo,
sudorosos, jadeantes
rotos, maltrechos.

Si es diversión, yo digo
que no la encuentro;
si es por higiene, juro
que no lo entiendo;

si es por cillelo
que haga sufrir al cuerpo
para mortificarlo...
muy santo y bueno.

Porque al menos *de prisa*,
por ese medio,
se puede en bicicleta
ganar el cielo T₆



Cuando "confeccionaba" el segundo número de LA GRAN VÍA no tenía aún completas noticias del éxito verdaderamente extraordinario alcanzado por el número primero, y, á decir verdad, ni aun podía suponerlo tan grande, por muchas que fueran mis esperanzas y por extremadas que hubieran sido mis ilusiones.

El público me ha favorecido una vez más con bondad inmensa; la prensa ha prodigado á esta Revista elogios inspirados por la benevolencia más cariñosa; á diario se reciben en la Administración del periódico cartas y telegramas de nuestros corresponsales aumentando sus pedidos en proporciones increíbles y cartas numerosas de "suscriptores espontáneos."

No lo hago constar por alarde

DERECHOS RESERVADOS

de vanagloria ni por "hacer el artículo," como ahora se dice y como ahora se hace. Lo refiero sólo para consignar, á la vez, mi agradecimiento sincero y profundísimo á todos y á cada uno, y para manifestar que por favor tan extraordinario me encuentro, no envanecido, sino obligado á trabajar sin tregua ni descanso, para corresponder á él y para merecerlo, mejorando la publicación todo lo que sea posible.

FELIPE PÉREZ

PERDIGONES

A Pepe Blanco, Leonor adora porque es muy franco, y exclama loca de amor:—Puestos los ojos en Blanco paso la vida mejor.

Después de mil travesuras Luz emigró á Costa Rica, y hoy, hastiada de aventuras, dice, enmendada la chica, que va á meterse en Honduras.

Juan una gorra compró á Catalina, y Belén un duro falso les dió, y al despedirse, exclamó:—Que ustedes «lo pasen» bien.

EDMUNDO DE C. BOWEN.

Una señora sorprende en el tocador á la cocinera, frotándose los dientes con su cepillo.

¡Pero, Tomasa!—le grita:—¿qué está usted haciendo? Eso es una porquería.

¡Nada de eso!—responde la muchacha con extremada simplicidad.—¡Si á mí no me da asco de la señora!

Un caballero más calvo que la ocasión, según la pintan, hace el amor á una joven muy linda, muy ingeniosa y muy burlona.

El caballero, después de pintarle su pasión con los más vivos colores, le hace los ofrecimientos más extraordinarios, y acaba por decirle:—Yo daré á usted mi vida, si es preciso...; yo daré á usted lo que parezca más imposible...

—En ese caso—dice la joven sonriendo,—demé usted un mechón de sus cabellos.

PENSAMIENTOS

Con la adulación se gana más terreno en el corazón de las mujeres, que con la verdad.

Janer.

No hay tontos más molestos, que los que se creen con talento.

La Rochefoucauld

La ingratitud, hija del interés y de la vanidad, es el vicio de las almas bajas y ruines.

Condorcet.

Bien se echa de ver, amor, tu niñez y seso poco, pues que castigas por loco á quien te sirve mejor.

Ruiz de Alarcón,

CADENA, por M. Marzal.

 * * * * *
 * * * * *
 * * * * *
 * * * * *
 * * * * *
 * * * * *
 * * * * *
 * * * * *
 * * * * *
 * * * * *
 * * * * *
 * * * * *

Sustituir las estrellas por letras, de modo que se lea horizontal y verticalmente:

1.^o Vegetal.—2.^o Pelolari.—3.^o Astró.—4.^o Vegetal.—5.^o Prenda militar.—6.^o Util de cocina.—7.^o Tiempo de verbo.—8.^o Población de Africa.—9.^o Cierto tumor.—10.^o Fenómeno físico.—11.^o Util de labranza.—12.^o Traición.—13.^o Población de Cataluña.—14.^o Apunte.

Rompecabezas.

COMPRADLE

1 6 1 2 6 2 4 1 2
 Con las anteriores letras, empleadas cada una tantas veces como indican las cifras colocadas debajo, fórmese un conocido refrán español.

ANGEL SUERO.

Charada.

Ayer salí de segunda prima-tercera y á poco, pues fui á segunda tercera, cuando volví presuroso me encontré con que me había dejado alguna sin todo.

A. RODRIGUEZ.

Jeroglífico.



Soluciones

Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚM. 2

Al salto de caballo:

Conversando cariñosa con Cándido, Concepción citarse con Celestino con cautela consiguió.

A la incógnita.—VOLTAIRE.

A la charada.—¡CANASTOS!

Al jeroglífico.—EL BELLO HACE COMPAÑÍA AL ENFERMO DESVELADO.

Al problema de ajedrez (en la cubierta):

BLANCA	NEGRA
1. ^o —D ^o PD jaque.	1. ^o —R + D.
2. ^o —R ó D.	2. ^o —P juega.
3. ^o —P ó TD.	3. ^o —P id.
4. ^o —C da mate.	

Las soluciones de los pasatiempos de este número se publicarán en el siguiente.